



CAPÍTULO IV

La fuerza armada se disuelve. — Cómo se recluta el ejército. — Cómo se trata al soldado — La organización social queda disuelta. — Ningún centro de reunión. — Inercia de la provincia. — Ascendiente de París. — Dirección de la corriente. — El hombre del pueblo llevado por el abogado. — Los únicos poderes subsistentes son la teoría y las picas.

I

QUONTRA la revuelta universal ¿dónde está la fuerza?

En los 150.000 hombres que mantienen el orden, las disposiciones son las mismas que en los 26.000,000 que lo sufren; y los abusos, la desafección, todas las causas que disuelven la nación disuelven también el ejército. De 90 millones de sueldo que éste cuesta anualmente al Tesoro, como puede verse en la *Administración de hacienda* de Necker, hay 46 millones para los oficiales, sólo 44 para los soldados, y se sabe que un nuevo decreto reserva todos los grados á los nobles probados. Esta desigualdad, contra la cual la opinión se subleva, en ninguna parte ostenta caracteres tan duros: por un lado, para la minoría, la autoridad, los honores, el dinero, el descanso, la buena vida, los placeres del mundo, las comedias de sociedad; por otro, para la mayoría, la sujeción, la abyección, la fatiga, el alistamiento por violencia ó por engaño, ninguna esperanza de adelanto, seis sueldos diarios (1), una cama estrecha para dos, pan negro, y

desde algunos años golpes como á los perros (1); por un lado, la más elevada nobleza, por otro, lo último del populacho. No se diría sino que está hecho de propósito para reunir los contrastes y exacerbar la irritación. «La insignificancia de la paga del soldado, su vestido, dice un economista, su cama, su alimento, su completa dependencia, son demasiado crueles para cualquier hombre que no pertenezca á lo más ínfimo del pueblo» (2). En efecto, no se le busca sino en lo más hondo de la sociedad. Están exceptuados del servicio no sólo todos los nobles y burgueses, sino también todos los empleados en la administración de los arriendos y de puentes y calzadas, «todos los guardas de soto, guarda-bosques, domésticos y criados á sueldo de los eclesiásticos, comunidades, casas religiosas, gentil-hombres, nobles» y hasta de los burgueses que viven aristocráticamente; más aún, los hijos de los labradores aco-

(1) En 1789 el sueldo se había aumentado hasta 7 sueldos y cuatro dineros, de los cuales se deducían 2 sueldos seis dineros por el pan. (*Mercurio de Francia*, 7 Mayo 1791).

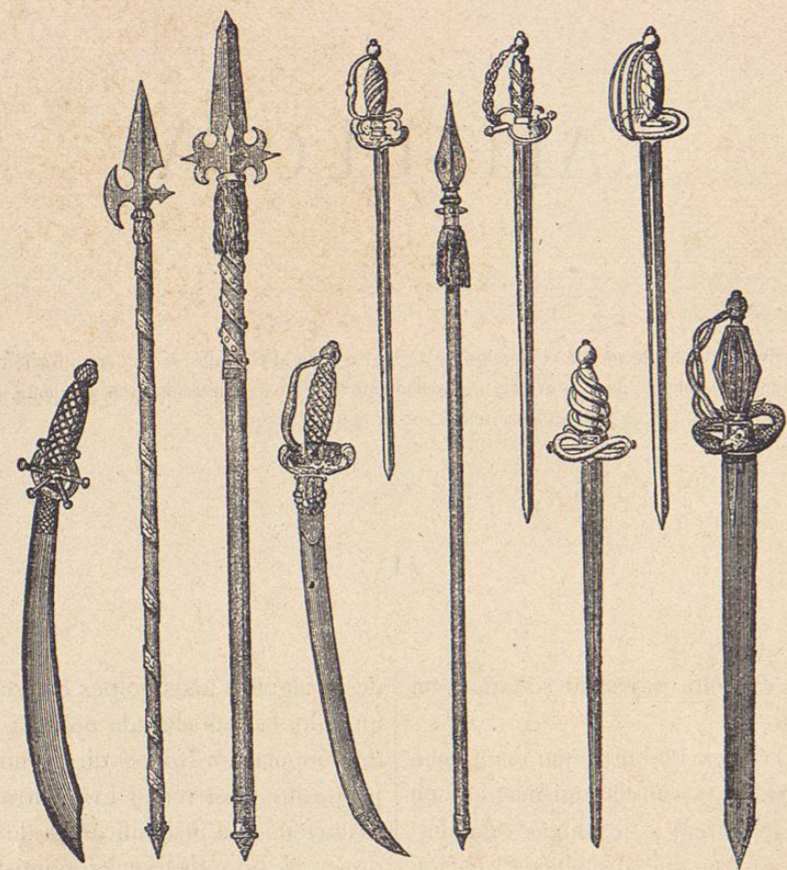
(1) Aubertin, 345. Carta del conde de Saint-Germain (durante la guerra de los siete años). «La miseria del soldado es tanta que parte el corazón; pasa sus días en una situación abyecta y menospreciada, y vive como un perro encadenado destinado á la pelea.»

(2) De Tocqueville, 190, 191.

modados, y, en general, todos los que tienen algún favor ó protector cualquiera.

No quedan pues para el ejército mas que los pobres, y no van á él de buena voluntad. Por el contrario, el servicio les es tan odioso, que con frecuencia huyen á los bosques, donde se les ha de perseguir á mano armada; cantón hay, que tres años más adelante, suministrará en un día cincuenta ó cien

voluntarios, cuyos mozos se cortan el pulgar para eximirse del servicio. A este legamo de la sociedad hay que añadir la escoria de los depósitos y de las cárceles. Entre los vagamundos de que están llenas, y después de soldados los que dan á conocer su familia ó hallan quien responda de ellos, «no queda, —dice un intendente,—sino la gente completamente desconocida ó peligrosa; entre este número, se



Armas blancas del siglo XVIII

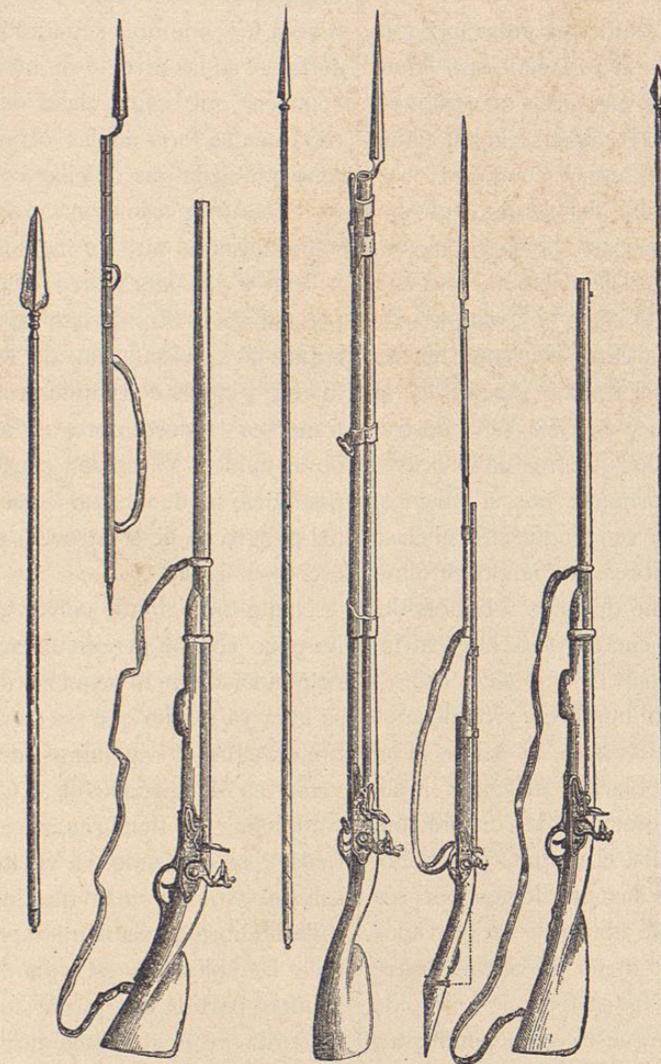
escoge la que se considera menos viciosa, y se procura hacerla pasar al ejército.» Último afluente, el enganche semi-forzado, semi-voluntario, que la mayor parte de las veces no entrega á las cuadras más que la espuma de las grandes ciudades, aventureros, aprendices despedidos, hijos de familia arrojados de su hogar, gente sin asilo ni profesión. El enganchador que cobra un tanto por enganche y por pulgada de estatura superior á cinco piés «celebra sus sesiones en la taberna, regala» y hace el artículo. «Amigos míos, la sopa, el principio, el asado y la ensalada, hé ahí la comida ordinaria del regimiento,» nada más, «no os engaño, el pastel y el vino de Arbois, son un extraordinario.» Da de beber, paga el gasto, en caso necesario presta su querida; «después de

algunos días de crápula, el joven libertino que no tiene con qué pagar, se ve obligado á venderse, y el obrero convertido en soldado, va á hacer el ejercicio con el palo.» Extraños reclutas para guardar una sociedad, los escogidos en la clase que les ataca; labradores oprimidos, vagamundos encarcelados, gente desordenada, entrampada, desesperada, pobres diablos fácilmente seducidos y de cascos calientes, que, según las circunstancias, se convierten tan pronto en insurrectos como en soldados.

¿Quién de los dos saca mejor lote? El pan del soldado no es más abundante que el del preso, todavía es peor; porque para fabricar el pan del vagamundo encerrado, se quita el salvado, al paso que no se quita para hacer el pan del soldado que lo

encarcela. En semejante estado de cosas, no se necesitaría sino que el soldado reflexionara, y precisamente sus oficiales le invitan á ello. También ellos se han hecho políticos y descontentos. Algunos años antes de la Revolución, según de Vaublanc, 149, «se hablaba ya» en el ejército; «se discutía, se exha-

laban quejas y fermentando en las cabezas las nuevas ideas, establecióse una correspondencia entre dos regimientos. Se recibían de París noticias autografiadas; estaban autorizadas por el ministro de la Guerra y creó costaban doce luises al año. En breve tomaron un tono filosófico, disertaron, hablaron



Fusiles y picas del siglo XVIII

de los ministros, del gobierno, de los deseados cambios, y con ello, no hicieron más que extenderse.» Verdaderamente, sargentos como Hoche, maestros de esgrima como Augereau, leyeron más de una vez estas noticias, olvidadas sobre la mesa, y las comentaron en la misma noche en las cuadras de los soldados. El descontento es antiguo, y ya al fin del último reinado oíanse frases abrumadoras. En un festín que dió un príncipe de la real familia, según cuenta de Segur, I, 20, la mesa que constaba de 100 cubiertos y se había levantado bajo una inmensa tienda, estaba servida por los granaderos, y

la peste que estos exhalaban molestó el delicado olfato del príncipe. «Estos valientes,—dijo en tono algo elevado,—huelen endiabladamente á calzado.» Un granadero contestó bruscamente: «Es porque no lo tenemos;» y «un profundo silencio acoge esta contestación.» Durante «los veinte años siguientes, la irritación se está inculcando y crece; los soldados de Rochambeau se batieron al lado de las libres milicias de América, y se acuerdan de ello. En 1788 según las *Memorias* de Augeard, 165, el mariscal de Vaux, ante la sublevación del Delfinado, escribe al ministro: «que es imposible contar con las tropas;»

y cuatro meses después de la apertura de los Estados Generales, 16.000 desertores vagando en torno de París, dirigieron las insurrecciones en vez de reprimirlas.

II

Una vez arrastrado este dique, ya no lo hay y la inundación corre sobre toda la Francia como sobre una llanura sin fin. En casos parecidos ocurridos en otras naciones, halláronse obstáculos; había sitios elevados, lugares de refugio, algunos antiguos cercados en los cuales, en medio del azoramiento general, encontraba abrigo una parte de la población. Aquí el primer choque acaba de arrebatarse los últimos restos, y cada uno de estos 26 millones de hombres dispersos, queda aislado. Durante mucho tiempo, y por medio de un trabajo inservible, la administración de Richelieu y de Luis XIV, destruyó las agrupaciones naturales que tras una socavación repentina, vuelven á formarse por sí mismos. Exceptuando en Vendée no veo ningún sitio ni clase alguna donde muchos hombres, confiando en algunos, puedan reunirse en torno de estos, á la hora del peligro, para constituir un cuerpo. No hay patriotismo provincial, ni municipal. El bajo clero es hostil á los prelados; los gentil-hombres provincianos á la nobleza de la corte; el vasallo, al señor; el labriego, al ciudadano; la población urbana á la oligarquía municipal; la corporación á la corporación; la parroquia, á la parroquia, el vecino, al vecino. Todos están separados por sus privilegios, por sus celos, por la conciencia que tienen de ser gravados ó postergados en provecho ajeno. El oficial sastre está agriado contra el maestro sastre, que le impide ir á jornal á casa de los burgueses; los dependientes de peluquería, contra el maestro peluquero que no les permite peinar á domicilio; el pastelero, contra el panadero, que le impide cocer las pastas de las caseras; el hilador lugareño, contra el hilador de la ciudad, que quisiera destrozar su telar; los viñadores del campo, contra el burgués que querría hacer arrancar sus viñas en un radio de siete leguas; la aldea, contra la aldea vecina, cuya minoración contributiva recarga su cupo, el labrador de elevada cuota, contra el que la tiene baja; la mitad de la parroquia contra sus colectores que, en detrimento propio, favorecieron á la otra mitad. «La nación.—decía tristemente Turgot, según de Tocqueville, 158,—es una sociedad compuesta de distintas clases mal unidas, y de un pueblo cuyos miembros tienen entre sí muy pocos vínculos, y en la cual, por consiguiente, nadie

se ocupa más que de su interés particular. No hay en parte alguna interés común visible. Los pueblos y las aldeas no tienen entre sí mayores relaciones que los distritos á que pertenecen, ni siquiera pueden ponerse de acuerdo para dirigir las obras públicas que les son indispensables.» Durante ciento cincuenta años, el poder central dividió para reinar. Mantuvo á los hombres separados, les impidió el concertarse, se las arregló de tal manera, que ya no se conocen, que cada clase desconoce á las demás, cada una se forja de las otras una idea fantástica, pintando cada una de ellas á las demás, con los colores de su propia imaginación, componiendo una un idilio, forjando otra un melodrama, representándose la una á los labradores como tiernos pastores, y persuadida la otra de que los nobles son tiranos horribles. A consecuencia de este mutuo desconocimiento y de este aislamiento secular, perdieron los franceses la costumbre, el arte y la facultad de obrar unidos. Ya no son capaces de inteligencia espontánea, ni de acción colectiva. En el momento del peligro nadie se atreve á contar con sus vecinos ó con sus iguales.

Nadie sabe dónde volver los ojos para encontrar un guía. «No se percibe un solo hombre que pueda responder del más pequeño distrito; y en breve no se verá ya ni uno que pueda responder de otro hombre,» según las palabras de Burke, que pueden verse en de Tocqueville, 304. La dispersión es completa y no tiene remedio. La utopía de los teóricos se ha realizado, ha vuelto á empezar el estado salvaje. No hay más que individuos justapuestos; cada hombre queda sumido en su debilidad originaria y sus bienes y su vida están á merced de la primera partida que pueda formarse. Para guiarle, no resta en él más que la costumbre rutinaria de ser conducido, de aguardar el impulso, de mirar en la dirección del centro ordinario, hacia París de donde siempre partieron las órdenes. Arturo Young, en sus *Viajes á Francia*, queda pasmado de este gesto maquinal. En todas partes, la ignorancia y la docilidad políticas son completas. El, un extranjero, es quien á de dar á Borgoña las noticias de Alsacia; la insurrección fué en ella terrible; el populacho saqueó las casas consistoriales de Estrasburgo y nadie sabe de ello una palabra en Dijon. «Sin embargo, escribe, van ya nueve días que ocurrieron los hechos, pero dudo que estén más enterados cuando hayan transcurrido diez y nueve.» No hay ningún periódico en los cafés, ningún centro de noticias, de resolución ni de acción local. La provincia conlleva los acontecimientos de la capital; «la gente

no se atreve á menearse; ni tampoco á tener opinión sin que París la haya manifestado.» A eso es á lo que conduce la centralización monárquica. Esta quitó á los grupos su consistencia y al individuo su iniciativa. Queda un polvo humano que se arremolina y que con irresistible empuje correrá convertido en una sola masa, empujado por la fuerza ciega del viento.

III

Ya sabemos de donde sopla, y para asegurarnos de ello, basta ver cómo se escribieron las actas del Tercer estado. El hombre de ley, el procuradorcillo de provincia, el abogado envidioso y teórico, es quien dirigió al labriego. Este insiste para que en el acta se extiendan por escrito y ampliamente sus agravios locales y personales, su reclamación contra los impuestos y censos, su instancia para eximir á sus perros de la trailla (*billot*), su deseo de tener un fusil para librarse de los lobos. El otro, que inspira y dirige, envuelve todo eso en los Derechos del hombre y en la circular de Sieyès. «Durante dos meses, escribe un comandante del Mediodía, (de Armagnac, marqués de Fodoas), los jueces inferiores, los abogados que hormigean en todos los pueblos y campiñas, con el objeto de hacerse nombrar diputados en los Estados generales, se han metido entre la gente del Tercer estado, con el pretexto de defenderla é ilustrar su ignorancia... Hanse esforzado en persuadirles de que en los Estados generales, serán ellos los dueños únicos de arreglar todos los asuntos del reino, que el Tercer estado, escogiendo sus diputados entre la gente de toga tendría el derecho y la fuerza de sobresalir, de abolir la nobleza, de destruir todos sus derechos y privilegios, que esta ya no sería hereditaria, que todos los ciudadanos que la merecieran tendrían derecho á pretenderla; que si el pueblo les diputaba á ellos, harían conceder al Tercer estado lo que quisiera, porque habiendo convenido los curas, gente del Tercer estado, en separarse del alto clero y unirse á ellos, la nobleza y el clero juntos no constituirían más que un voto contra dos del Tercer estado... Si este hubiera elegido sabios burgueses ó negociantes, se habrían estos unido á las otras dos órdenes sin dificultad. Pero las asambleas de bailla y senescalía se han henchido de gente de toga que absorbía las opiniones y quería tener la primacía sobre todos los demás, y cada uno por su lado intrigaba y cabildeaba para hacerse elegir diputado. «En Turena, escribe el intendente de Tours, en 25 Marzo de 1789,

la opinión de la mayor parte de los electores fué mandada ó mendigada. Los confidentes, en el momento del escrutinio ponían papeletas ya extendidas en mano de los electores y habían hecho de modo que á su llegada encontraran en sus posadas todos los escritos y opiniones propias para exaltar su cabeza y determinar su elección á favor de personas de la curia.» «En la senescalía de Lectoure, una porción de parroquias y comunidades dejaron de ser citadas y advertidas, para mandar sus documentos y diputados á la reunión de la senescalía. En las que fueron citados, los abogados, procuradores y notarios de los pueblecitos vecinos, presentaron sus quejas de su jefe sin reunir la comunidad... Con un mismo borrador, hacían para todos copias iguales que vendían á buen precio en los consejos de cada parroquia del campo.» Síntoma alarmante y que señalaba anticipadamente el camino que la Revolución va á seguir; el hombre del pueblo es adoctrinado por el abogado, el hombre de pica se deja conducir por el hombre de frases.

Desde el primer año puede verse el efecto de su asociación. En el Franco-Condado, á consecuencia de una consulta evacuada por un tal Rouget, los labriegos del marqués de Chaila «se determinan á no pagarle nada y á repartirse el producto de las cortas de madera sin llamar á la dirección.» En sus dictámenes «el abogado adelanta la idea de que todas las comunidades de la provincia están resueltas á hacer otro tanto. Su opinión está tan generalizada en el campo, que muchas comunidades están convencidas que ya nada deben al rey ni á sus señores. M. de Marnesia, diputado de la Asamblea (nacional) vino (aquí) á pasar algunos días para restablecer su salud; fué tratado de la manera más dura y escandalosa; hasta se trató de mandarle á París con escolta. Después de su partida su castillo fué atacado, las puertas quemadas y las puertas del jardín derribadas. (No obstante) ningún gentil-hombre hizo tanto por los habitantes de sus haciendas como el marqués de Marnesia; aumentan los excesos de todas clases: tengo continuas quejas contra el abuso que de sus armas hacen las milicias nacionales y no puedo remediarlo.» Según una frase pronunciada en la Asamblea nacional, la policía rural cree que va á ser disuelta y no quiere enemistarse con nadie. «Las baillías son tan tímidas como la guardería rural, les mando causas sin cesar y no se castiga á ningún culpable.» «Ninguna nación goza de una libertad tan indefinida ni tan funesta á la gente honrada; es absolutamente contrario á los derechos del hombre el estar continuamente en peligro de ser degollado